

RECORDANDO A MANOLO¹

Juan Arana. Universidad de Sevilla

Han pasado ya más de 25 años desde que, en Octubre de 1977, me hice cargo de un grupo de «Filosofía de la naturaleza» correspondiente al tercer curso de la Licenciatura de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad de Sevilla. Era el cuarto año que desempeñaba un trabajo docente en la Universidad, y por fin me tocaba en suerte una asignatura a mi gusto y medida, a la cual por cierto he seguido fiel desde entonces. Pero, a decir verdad, todavía estaba bastante «verde» para explicarla (y noten que confesarlo no constituye un rasgo de modestia, porque implícitamente sugiero que más tarde he «madurado»). Menos mal que tuve que habérmelas con una decena de estudiantes que vinieron en mi ayuda. Déjenme que *chochee* un poco evocando los alumnos de entonces, porque en mi recuerdo aquella era gente a la que compensaba enseñar. Aquí adopto la misma actitud que la de nuestros mayores cuando recordaban el café o el tabaco de «antes de la guerra». Yo, gracias a Dios, no he pasado ninguna guerra, pero apostaría que quienes entonces se matriculaban en mis asignaturas eran tan buenos como los mejores. A pesar de mi proverbial falta de memoria todavía recuerdo sus nombres –perdonen que suelte esta mentirijilla, que queda tan bien–. La verdad es que no recuerdo los de todos, pero algunos sí y otros los tengo apuntados: Santiago Cortés, Rafael Mejías, Concha Ojeda, Francisco Javier Moreno Rissi, Práxedes Caballero, Isabel Ramírez, Manuel Pavón. Por cierto que tampoco resultaban idílicos: eran jóvenes combativos, que habían intentado someter a más de un profesor a aquella pesadilla de los docentes de entonces que se llamaban los «juicios críticos». Pero, qué caramba, tampoco estaban allí para pasar el rato, ni para hacer *currículum* como única prioridad. Yo sabía que no podía fiarlo todo a la calidad de mis explicaciones, así que les propuse que «trascendiéramos los planteamientos meramente académicos», o, en otras palabras, que me echaran una mano con la responsabilidad de llevar a buen puerto aquel curso. Y lo hicieron tan bien que incluso nos dio para confeccionar entre todos un libro (con lo de confeccionar quiero decir, escribir, pasar pulcramente a máquina, buscar una imprenta y vender ejemplares hasta amortizar todos los costes). Así nacieron los *Estudios Bibliográficos de Filosofía*, cuyas secuelas alcanzaron un total de doce volúmenes. Ofició como coordinadora –valga decir, como *factótum*– Isabel Ramírez, y realizó la parte más sustancial Manolo Pavón, que tomó a su cargo la tarea de recensionar las 841 páginas de la física de Holton y, por si fuera poco, las 642 de la cosmología de Merleau-Ponty, un libro que yo recomendaba calurosamente, pero que personalmente había sido incapaz de concluir. No fue ni mucho menos su única proeza: enseñuida me dí cuenta de que había topado con una persona

¹ Texto de la alocución pronunciada en el acto de homenaje a la memoria del Prof. Manuel Pavón Rodríguez, en el acto celebrado en el Salón de Actos de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Sevilla.

de excepcional inteligencia, uno de esos estudiantes frente a los cuales hay que tentarse un poco la ropa, para no desmerecer. Lo que más sorprendía de él era su capacidad de expresión oral, ya que hablaba como otros, a lo sumo, pueden llegar a escribir. Poseía el don de la dicción exacta, el verbo justo, la frase perfectamente trabada y los razonamientos de monolítica fuerza argumentativa. Cuando abría la boca parecía como si alguien —quizá un *daimon* socrático— estuviese dictándole al oído las palabras que pronunciaba, que siempre eran lúcidas, sagaces, clarividentes. Los que me conocen saben que no soy propenso a pararme a hablar por los pasillos, pero con Manolo era difícil dejar de hacerlo cuando lo encontrabas entre clase y clase. La razón es que siempre contaba cosas interesantes de escuchar. Recuerdo que a pesar de su minusvalía entonces no iba casi nunca en silla de ruedas, sino que caminaba apoyado en dos muletas y con un zurrón al hombro. Solía mantenerse en pie, increíblemente tieso en aquellos espacios del viejo edificio de la calle González Bilbao. En cuanto pasaba un ratito yo me cansaba de estar plantado y buscaba alivio recostándome contra el alféizar de alguna ventana; pero él permanecía erguido, sostenido por su voluntad y como sobre un trípode. Así iba desgranando sus diagnósticos, sus reflexiones, sus incisivas preguntas.

Pronto supe que la deferencia con que me trataba no significaba en modo alguno complacencia o afán de medro. Me di cuenta de ello un día que alguien se acercó para intentar colocarnos una revista poética que acababa de aparecer. Como no quería comprarla se me ocurrió arriesgar un: «Lo siento, no somos poetas.» De inmediato, Manolo interpuso un glacial: «No pluralices.» Y, una vez alejado el frustrado vendedor, agregó con aquel humor cáustico que le caracterizaba: «Lo que pasa, es que para poder leer *esa* revista, hay que ponerse antes un cinturón de castidad.» Yo, que me había quedado algo cortado, me partí de risa imaginándome en trance de comenzar la lectura, con la revista abierta sobre un atril y colocándome el engorroso adminículo.

Terminada nuestra vinculación académica con la obligada matrícula de honor, proseguimos una relación de amistad en la que cualquier disimetría profesor-alumno desapareció muy pronto: aquello era más bien un «toma y daca» de lo más estimulante. Manolo compensaba su tara física con una fortaleza de espíritu que no sólo se reflejaba en sus extraordinarias prestaciones intelectuales, sino que de alguna manera arrastraba todo su organismo. Todavía lo recuerdo subiendo por sus propios medios aquella empinadísima escalera que llevaba al departamento de *Teórica*, donde cualquiera podía muy bien romperse la crisma a poco que se descuidara. Ya por aquel entonces formaba con Isabel la pareja más simpática y refrescante que circulaba por la Facultad. Solemos quejarnos mucho de nuestra Universidad, pero por lo menos en esta ocasión supo evitar que ninguna de estas dos cabezas se le escaparan: ambos entraron con la categoría de profesor ayudante, de modo que lo que el amor y la filosofía habían unido no fue separado por la Comisión de Contratación. En aquella época la Sección estaba algo maniqueamente dividida entre un departamento supuestamente de «izquierdas» y otro de «derechas», y se adoptó la salomónica decisión de adjudicar un cincuenta por ciento del *tándem* Pavón-Ramírez a cada una de las partes. Me ilusiona pensar que aquello fue el primer signo de una aproximación que acabó con la fusión de todos en un único departamento, aunque a la postre tuvimos que perpetrar una nueva división, esta vez tripartita, en la que Manolo e Isabel volvieron a caer en compartimentos separados.

El caso es que Manolo inició su carrera académica, como yo, investigando la filosofía kantiana. Me eligió como director de su Tesis de licenciatura, pero el caso es que se me daba mucho mejor ser su amigo que su maestro. Muy pronto sabía del asunto más que yo (en mi descargo habría que decir que por aquellas alturas yo estaba bastante harto de Kant); por eso fue para mí un alivio que siguiera el doctorado bajo la tutela de Jesús Arellano. Ambos compartimos por consiguiente el mismo director de Tesis, y de este modo se puede decir que se consumó nuestra «hermandad». Su consolidación como profesor y como filósofo hizo que cada vez requiriera en menor medida mi ayuda, y creo que en este sentido el último servicio que pude prestarle fue la bibliografía de su memoria de oposiciones, que por cierto fue lo único que algún miembro de tribunal le criticó tras la brillantísima exposición del primer ejercicio. A lo largo de los años hemos impartido la misma asignatura, colaborado en la misma revista, formado parte del mismo grupo de investigación; pero a medida que maduraba su propia trayectoria filosófica, fue desembocando en asignaturas, revista y grupo de investigación que quedaron definidos con su impronta. Por consiguiente, acabamos unidos por lo que nos aproximó en un principio: no intereses ni empresas comunes, sino la complementariedad de nuestros puntos de vista, la curiosidad universal que está en la base de la actitud filosófica, el compartido aprecio de la vocación de profesor y estudioso.

En lo que respecta a lo extra-académico, Manolo e Isabel se convirtieron en matrimonio y abrieron casa cerca de la primitiva sede de la Facultad, en la calle Júpiter si no recuerdo mal. Y digo «abrieron» porque su piso pronto se convirtió en un especie de «hogar del filósofo», un ágora en el que convocaban con generosa hospitalidad a estudiantes y colegas, y donde las tertulias se prolongaban con frecuencia más que regular hasta altas horas de la madrugada. Muchos encontraron allí estímulo e inspiración; todos, apoyo y comprensión. Por aquel entonces atravesábamos los que en muchos sentidos fueron los mejores años de la filosofía sevillana. Había alegría, ilusión, ganas de hacer grandes cosas, respeto a las diferencias de opinión y cierta dosis de magnanimidad para no enfadarse unos con los demás por motivos que no merecen la pena —y realmente hay muy pocos que lo merezcan—. Además de dar buenas clases y escribir excelentes tesis doctorales, Manolo e Isabel supieron contribuir muy positivamente —casi diría: muy decisivamente—, a lograr aquel clima, aquel ambiente. Y es que no sólo eran grandes filósofos en ciernes y perfectos anfitriones en sazón, sino que también tenían un sorprendente afán explorador. En este sentido hay que recordar que, a pesar de su limitación física y merced al decisivo empuje de Isabel, Manolo ha conocido más mundo y ha vivido más intensamente que la mayoría de todos nosotros. Juntos han recorrido las selvas y sabanas africanas, las perdidas soledades de oeste americano, los lagos escoceses o las ciudades más interesantes del centro y el este de Europa. El episodio para mi gusto más extraordinario fue cuando Isabel convenció a Manolo para efectuar una ascensión en globo en el curso de una excursión por tierras escandinavas. Según me contaba más tarde el improvisado aeronauta, Isabel se sintió decepcionada al comprobar que se trataba de un globo cautivo, y de buena gana hubiera cortado el cable, de no ser entre otras cosas por los aterrados ruegos de su cónyuge, que ya se veía en trance de iniciar una expedición por latitudes hiperbóreas. ¿Imaginan ustedes el titular que podríamos haber leído entonces en los periódicos?: «Dos filósofos sevillanos, a la conquista del Polo».

El día que lo estábamos enterrando, Isabel dijo que Manolo había sido, junto a otras muchas cosas, su «caballero andante», aunque él mismo no acabara de creérselo. Eso lo sabemos muy bien los que le conocíamos un poco, los que recibimos en algún momento sus pudorosas confidencias acerca de los sentimientos que abrigaba, los que veíamos los gestos con que exteriorizaba todo lo que llevaba dentro. Yo diría que sin duda alguna fue primero un caballero andante, luego un caballero rodante y por último llevó el espíritu de la caballería al ciberespacio, cuando recorría de punta a cabo todos los rincones de Internet en busca de información que pudiera servir a la dama de sus pensamientos.

Esto último me lleva a comentar los «malos tiempos» que Manolo e Isabel supieron sobrellevar con una fortaleza que está por encima de cualquier medida. No voy a insistir sobre este punto, porque resulta demasiado doloroso para todos nosotros. Sólo diré que cuando pedía a Manolo noticias de los males que les aquejaban sabía infundirme parte del valor que él mismo tenía, de manera que paradójicamente siempre salía tonificado de aquellas conversaciones, aunque objetivamente hubiera muy poco de qué alegrarse. Y es que poseía una rara cualidad que sólo se me ocurre definir como «pesimismo vigorizante»: daba cara a la vida sazónándola con gotas de humor negro, decididos trazos de lucidez, y una insobornable convicción de que a pesar de los pesares la vida merece la pena, seguramente porque él no se planteaba el hecho de vivir en función de sí mismo, sino en función de los demás. A primera vista se podría pensar que de alguna manera fue víctima de su altruismo, ya que eso le impidió tener más tiempo para sí mismo y obtener logros más espectaculares en el terreno académico y publicístico. Yo creo más bien que ahí está el secreto de que, a pesar de haber soportado tantas desgracias externas e incluso tantas tribulaciones internas, la suya ha sido una vida granada y cuajada de sentido.

Personalmente siempre admiré, aparte de las virtudes que ya he comentado, su abnegación y la capacidad para efectuar trabajo en equipo y asumir cargas administrativas. Yo tuve la suerte o la habilidad de desembarazarme de este tipo de tareas para mí ingratas en un momento dado, mientras que Manolo les entregó una parte muy importante de su tiempo hasta el final de su vida. Ahora pienso que quizá no me hubiese importado estar a sus órdenes en un departamento, una revista, un grupo de investigación dirigidos por él, y que en este sentido lo único equivocado en nuestra relación es el hecho de haberle precedido en el tiempo, en lugar de haber entrado en la Universidad seis o siete años después de él. Me tranquilizaba mucho saber que era él uno de lo que hacían los horarios, daban vueltas a cómo encajar las reformas universitarias y los nuevos planes de estudios, resolvían para todos nosotros el día a día de la Facultad. A veces pienso que debió ser más egoísta, aunque ¿no es absurdo convertir el egoísmo en un deber? Simplemente a Manolo no le dio la gana de serlo y deberíamos alegrarnos de ello, sobre todo por él. Tampoco creo que debamos lamentar que pechase con las cargas sin disfrutar del brillo o las prebendas. Estoy seguro de que él fue más feliz así y que su vida ha sido objetivamente más valiosa.

Sería falso decir que los amigos de Manolo no sintiéramos ninguna inquietud por su estado físico: las fracturas óseas, lesiones tendinosas, episodios de hipertensión y recurrentes bronquitis agudas nos llenaban de zozobra. Pero nos habíamos acostumbrado a verle superar una y otra vez tales padecimientos, y llegado a pensar que disfrutaba de una «mala salud de hierro», por lo que esperábamos seguir teniéndolo con nosotros muchos

años. Por eso constituyó una sorpresa tan trágica la noticia de su repentina muerte. Las autoridades médicas insistieron incluso en practicar la autopsia para conocer la causa próxima del fallecimiento. Cuando lo supe, pensé que, de haber tenido oportunidad de hablar con el forense, podría haberle dicho lo siguiente: «No se moleste, doctor. Manolo ha muerto porque tenía un corazón tan grande, que ya no le cabía dentro del pecho.»

Sevilla, 10 de Abril de 2003

* * *

Juan Arana
jarana@us.es